

TUCAN  12+

Intriga en el castillo de Burton

NATALIA DEMIDOFF



edebé



Intriga en el castillo de Burton

NATALIA DEMIDOFF

Intriga en el castillo de Burton



edebé

© Natalia Demidoff de Joltkevitch, 2014

© Ed. Cast.: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés
© *Ilustraciones:* Bié

Primera edición: marzo 2014

ISBN 978-84-683-1222-4
Depósito Legal: B. 26051-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Nosotros no somos responsables del
pasado. Pero sí de cómo lo recordamos.*

Elie Wiesel

Índice

1. Aspirando a la normalidad	9
2. Los ayudantes de Ramón	25
3. Un atractivo viaje	39
4. Los pergaminos	59
5. Paseo nocturno	77
6. Más incógnitas	93
7. El tesoro expoliado	111
8. El descubrimiento de Igñi	129
9. El testamento	145
10. Surgen fallos inesperados	167
11. Normalidad ante todo	187
Epílogo	203

1

Aspirando a la normalidad

La noche caía con rapidez y apenas se oían ruidos en toda la urbanización.

Ignacio Fernández, en realidad Igñi para la familia y los amigos, salió de su casa con semblante preocupado. Se sentó en el porche y, apoyando los codos en las rodillas, descansó su cabeza en las palmas de las manos. Suspiró y entonces oyó una suave voz con un ligero deje extranjero que provenía de la casa vecina:

—Muy melancólico te veo, jovencito. ¿Algún problema?

El chico se volvió:

—Buenas noches, conde. Ha acertado usted. Estoy que trino.

—¿Trino? ¿Como un pájaro? —preguntó el otro, un tanto perplejo.

—Bueno, es una manera de hablar... Quiero decir que más que melancólico, estoy furioso.

El conde entró en el jardín y se acercó a Igni sin que sus pasos despertasen ningún eco. Como de costumbre iba vestido con mucha elegancia, aunque de forma un tanto anticuada. Mucha gente lo tachaba de cursi, pero Igni lo defendía calurosamente porque le encantaban las amplias capas que no abandonaba en ninguna estación y los trajes negros que contrastaban con níveas camisas adornadas con pecheras de complicadas puntillas.

—¿Por qué no me cuentas la razón de un estado de ánimo tan exacerbado? A veces confiarse a alguien puede resultar beneficioso.

Igni meneó la cabeza:

—Ya se me pasará. Papá asegura que no tardaré en adaptarme a mi nuevo colegio...,

pero la verdad es que me cuesta más de lo que imaginaba. En el otro me llevaba bien con todos. Aquí... ¿me creerá si le digo que algún profesor me tiene rabia o me contestará que es la consabida excusa del mal estudiante?

—Necesito más detalles para juzgar la situación.

—La mayoría son majos, pero el profesor de Ciencias Sociales no hace más que meterse conmigo —miró de reojo a su compañero y acabó sincerándose—: La verdad es que la asignatura no me entusiasma y la manera de explicar del hombre me resulta aburrida. Hoy he traído el boletín y las notas que me ha puesto son muy malas. No se puede imaginar con qué retintín ha asegurado que no conseguiré aprobar el curso.

Dio un puñetazo en el aire antes de añadir:

—Y con doña Perfecta que saca siempre sobresalientes y matrículas, yo quedo fatal ante mis padres.

Una suave sonrisa distendió los delgados labios del conde:

—Con lo de doña Perfecta, ¿te refieres a tu hermana?

Igni sacudió la cabeza con fiereza.

—Tiene a todo el mundo embobado. Alaban su inteligencia, su temperamento, su belleza..., aunque tampoco es de una belleza deslumbrante.

—Es una criatura deliciosa —murmuró el conde con expresión soñadora.

El muchacho frunció el ceño, malhumorado.

—¡Ya! Usted también se rinde a sus encantos.

El conde le pasó el brazo por los hombros:

—Es tan solo una apreciación absolutamente desinteresada. Pero volvamos a tus preocupaciones. ¿Hay algo más?

—Verá: también está esa manía que tiene papá de que seamos normales. Ha dejado de fumar en pipa.

—Quizás lo ha hecho por razones de salud.

—Entonces se lo hubiera perdonado. Pero ha sido para que yo no me distraiga y no le encienda el tabaco con una llamita, algo que me encantaba y me divertía mucho.

—Comprendo, comprendo. Teme que asustes a alguien con una demostración de tus habilidades.

—Exacto. Dice que con la decoración de la casa es suficiente para que la gente haga comentarios, que en este sitio nos han acogido muy bien y que no es cuestión de buscarnos de nuevo problemas.

El conde se sentó al lado del muchacho:

—Tienes que hacerte cargo, Igni, de que al común de los mortales no le gusta que uno sea demasiado distinto. ¡Bien que lo sé yo! No te puedes imaginar lo difícil que resulta que me acepten.

—Si no le aceptan es que son estúpidos —rezongó Igni.

—Dejemos que la gente piense lo que quiera y centrémonos en cómo solucionar el asunto de esa asignatura que se te ha atragantado. A mí siempre me interesó la historia y no me iría mal ponerme al día de geografía porque, desde principios del siglo XX, muchos países han visto grandes cambios. Podríamos destinar un ratito cada tarde a repasar tus apuntes de esas materias del área de Sociales.

Igni parpadeó, perplejo:

—No quiero molestarle, conde.

—¡No, no! No será ninguna molestia, sino una pequeña diversión.

El muchacho arrugó la nariz al oír lo de pequeña diversión, pero reconoció que sería más soportable estudiar en compañía que solo.

En aquel momento el señor Fernández abrió la puerta y asomó la cabeza. Sonrió al ver el contraste que ofrecían su hijo, con el pelo rubio alborotado, su cara llena de pecas,

en bermudas y camiseta, y el distinguido e impecablemente vestido aristócrata con su tez marfileña y su morena melena perfectamente peinada.

—Buenas noches, conde Tibor.

El otro se levantó inmediatamente y vino a estrechar la firme mano del hombre.

—¿Cómo está, Ramón?

—Estupendamente. La primavera se presenta de maravilla. Vamos a disfrutar de unos días preciosos.

El conde meneó primero la cabeza con tristeza, pero enseguida se animó:

—Cierto. Las noches también serán de ensueño con el perfume de las nuevas flores. ¡Ah! Me encanta en particular el aroma del jazmín.

Igni lo miró detenidamente:

—¿De verdad, de verdad que no le es posible salir de día?

El padre le reconvino:

—¿Por qué te empeñas en repetir las mis-

mas preguntas? ¿No se te ocurre que puede resultar fastidioso para nuestro vecino?

El conde agitó la mano:

—Por favor, Ramón, el muchacho va de buena fe.

Desde el interior de la casa se escuchó la voz de la señora Fernández llamando a Igñi. Algo en su acento hizo que el chico se apresurara en reunirse con ella. El conde siguió explicando:

—Reconozco que los hábitos de mis antepasados, y los míos hasta hace muy poco, causaban terror. Pero, en mi caso particular, algo ha ocurrido desde que me he trasladado a este país. He sufrido una extraña transformación.

—¿A causa del clima, tal vez? —preguntó Ramón.

—No. Es un hecho más complejo. Todo empezó cuando cayó en mis manos una revista con reportajes sobre gente famosa. Una foto atrajo mi atención: en ella apare-

cía una mujer de exótica belleza. Me quedé admirado ante la delicadeza de sus rasgos, la elegancia de su figura y, sobre todo, me encantó su esbelto cuello. Ya no pude quitar su imagen de mi mente. Coleccioné más y más fotos de ella y me maravilló que conservara el mismo aspecto a pesar del paso del tiempo, siendo como era humana. Tal era mi obsesión que convoqué a mi fiel criado y le mandé preparar inmediatamente un viaje a España.

Echó una mirada de reojo a su interlocutor y murmuró, como excusándose:

—Sí, entonces aún me regía por mi instinto.

Ramón aprobó cortésmente con un gesto.

—Conseguí llegar a la dama de mis sueños. Fue la última vez que actué como un auténtico vampiro. La sangre que sorbí era muy distinta de la que estaba acostumbrado, y ella era diferente de cualquiera de las otras mujeres que conocí. No tengo la menor idea de los tratamientos a los que se había some-

tido para mantenerse joven y hermosa. Lo único que sé es que algo se alteró dentro de mí; por ejemplo, desde entonces mis costumbres alimenticias han cambiado. Ahora cubro mi necesidad de proteínas de una forma... digamos más normal, sobre todo para los humanos. Claro que el nuevo régimen tiene sus inconvenientes. Una dieta a base de sangre sintética, lentejas y espinacas no resulta particularmente romántica. Y el sentarme ante una mesa para comer es más prosaico que seducir a una bella doncella.

—Pero es menos terrorífico y, además, es inocuo para dichas doncellas —sugirió Ramón.

El conde se rio suavemente.

—Comprendo que siendo padre de una hermosa criatura como Bárbara, mis confianzas le quitan un peso de encima.

—No lo negaré. Prefiero disfrutar de su amistad sin aprensiones que la pudiesen enturbiar.

El conde aprovechó para despedirse. Se deslizó más que caminó hasta su jardín y desapareció entre las sombras de los árboles. Al poco rato, un murciélago pasó rozando al señor Fernández y se alejó rápidamente.

El hombre metió la mano en el bolsillo en busca de su pipa y, al no hallarla, juró entre dientes. Le parecía que le hubiera ido muy bien fumar un poco mientras reflexionaba, tal como tenía por costumbre cuando se enfrentaba con algún problema. Además, su esposa estaba inquieta. La había visto remover su ropa en busca de un vestido negro que solía ponerse en aquellas fechas. Y también la había oído refunfuñar:

—¡Una fiesta por San Jorge! ¡Seres sin entrañas! ¿A quién se le ocurre celebrar la muerte de un pobre dragón?

Ramón sabía que su mujer estaría de mal humor durante toda aquella semana... Precisamente cuando él necesitaba un poco de calma en casa.

«La verdad es que urge que alguien me eche una mano en mis trabajos. Mi hija hace lo que puede, ¡y más!, pero tampoco me interesa que invierta todo su tiempo en ello. Quizás algún estudiante de último curso o un recién licenciado se avenga a colaborar conmigo. Le pediré a Bárbara que ponga un anuncio en la Universidad».

Los repasos en compañía del conde le parecieron muy amenos a Igñi. También el conde disfrutaba poniendo al día sus conocimientos. Cualquier tema examinado bajo su peculiar óptica cobraba un interés inesperado. Además, sabía multitud de anécdotas que rara vez aparecían en los libros de texto. Cuando llegaron al capítulo de los glaciares y las banquisas, el conde sacó a relucir la trágica historia del *Titanic*.

—A partir de entonces se implantó definitivamente el S.O.S. en telegrafía para situaciones de emergencia. S.O.S. es una llamada



de socorro en morse. ¿No sabes lo que es morse? Hay todo un código que se puede utilizar tanto con señales acústicas como con señales luminosas.

—¡Ah! —profirió Igni y luego preguntó con curiosidad—: ¿O sea que se pueden enviar mensajes de esta manera?

—¡Claro! Desde la invención del telégrafo, se han transmitido miles, ¡qué digo!, millones de mensajes. Hoy es un sistema obsoleto, me parece que en 1999 se dejó de utilizar en la marina, pero fue muy útil durante más de un siglo.

—Sería una forma ingeniosa de mandar respuestas y resultados en clase... —dijo Igni con cara de satisfacción.

Satisfacción que le duró poco porque su amigo hizo un ademán negativo con la cabeza:

—No, Igni, no voy a enseñarte un método para hacer trampas, sería indigno de un muchacho honesto como tú.

—Eso es un golpe bajo, conde. Si se me escapa la solución de un problema, estoy dispuesto a emplear cualquier ardid. Y supongo que, cuando usted iba a la escuela, también hacía lo que podía, ¿no?

—Aquello está muy lejano... Quizás tengas razón...

—Entonces, ¿me enseñará morse?

—Sí, pero con la convicción de que le darás un buen uso.

—De momento podré comunicarme con usted... Elaboraremos un código especial y secreto para mandarnos avisos.

Al conde le agradó la idea. Se sentía rejuvenecer.